

Con este acontecimiento, ambas partes pudieron conocer que la cuestion no podría decidirse sino con la fuerza de las armas, y mutuamente estuvieron haciendo sus aprestos de guerra, para fiar su futura suerte á los eventos de una batalla. Los indios reunieron un numeroso ejército que se hace subir hasta cuarenta mil hombres. Este gran número de fuerzas, movidas por Na Chi Cocóm y que se levantaron de Itzamal y la parte oriental del territorio de Tihoo, en el mes de Junio de 1541 atacaron á los españoles en el mismo punto donde habian formado su campamento. Los conquistadores estaban atrincherados en un cerro y poco á poco, los indigenas fueron acercándose á él con distintas direcciones, hasta que el día 11 del mes citado, se dió la gran batalla que decidió la suerte de la península. El gran número de indios disparaba nubes de flechas sobre los castellanos, resueltos á dar en ellos un golpe decisivo para asegurar la libertad de sus hogares; pero estas armas hacian poco daño, mientras en ellos, los proyectiles de las armas de fuego, habrian grande brecha, que pronto era cerrada por nuevos combatientes que con mayor brio atacaban al ejército de Montejo. En esta terrible refriega se habia pasado gran parte del dia, sin que los yucatecos lograsen alguna ventaja sobre sus contrarios; y estando aquellos ya debilitados por la incesante fatiga y la mucha sangre que en su campo habian hecho correr los arcabuces de Castilla, bajaron los ginetes del cerro, haciendo grande destrozo en las filas indigenas, hasta lograr ponerlos en fuga, en la cual aun no fué menor la carniceria que se les hizo. Ganada esta batalla, los fugitivos quedaron amedrentados é impotentes de dar otro golpe como el que habian intentado; y muchos de los pueblos comarcanos sucesivamente fueron rindiendo obediencia á los españoles, con lo cual se aumentaba cada dia el poder de estos, y por último se decidieron á fundar la ciudad de Mérida, que hasta hoy es capital de la península. En este dia quedó terminada

la conquista, por cuanto á que ya no se movió de aquel territorio la planta de los españoles; pero el sentimiento de los agravios inferidos á los naturales, quedó tan profundamente arraigado en sus corazones, que aun no han bastado tres siglos para amartiguar este fuego, y aun despues de tan dilatado tiempo, la guerra de castas se mantiene hasta el dia, con un furor implacable.

CAPITULO IV.

Destruccion de los fuertes de Nochixtlan y el Mixtón: conquista de Zacatecas; y acontecimientos en México hasta 1546.

Con el descalabro que los indios hicieron sufrir á la fuerza de Alvarado, siguieron mas empeñosamente en sus movimientos para sacudir el yugo español: y á la parte del Norte, habia tomado la direccion de las tropas un intrépido gefe de la nacion de los cascates, llamado D. Diego Zacatecas. Todos los pueblos desde el territorio de los Zacatecas, hasta el valle de Coynan, donde hoy son los Distritos de la Piedad y la Barca, debian aprestar sus guerreros para defender la independencia de sus pueblos, que tan injustamente les habian arrebatado los españoles; y habian formado tres grandes cuerpos de ejército, situados en el Mixtón, á inmediaciones de Juchipila, otro en el Peñon de Nochixtlan y el último en el cerro llamado Pajacuarán y hoy de San Aparicio. Desde aquí salian á hostilizar á los españoles, y en estos fuertes tenian preparados sus atrincheramientos, para cuando les llegase el caso de defenderse. Desde fines de Junio de 1541 en que ocurrió la derrota

de Alvarado, estuvieron en Guadalupe con continuas alarmas y reducidas las autoridades a la defensiva, hasta que en fines del mismo año, salió de México el virrey Mendoza para pacificar aquellos Estados, con un ejército de treinta mil hombres, de los cuales solo mil eran españoles y el resto de auxiliares indígenas, mexicanos, tlaxcaltecas y tarascos. Este implacable odio que desde la antigüedad se tuvieron los pueblos de este mismo suelo fué la principal causa de su ruina; y como si no fuera una lección elocuente, el soportar un yugo extraño por trescientos años, aun nos empeñamos actualmente en mantenernos divididos, a riesgo de perder una independencia cuya conservación va saliendo ya del orden natural!

El ejército del virrey atravesó los territorios de México y Michoacan, y al entrar ya en el de la Nueva Galicia, encontró con el numeroso ejército de doce mil indígenas, donde estaban los valientes de Coynan, Cuiseo y gran parte de los chichimecas que se estendian por el Bajío. Al avistarse a ellos, el virrey les intimó que se rindieran y se les dejaria volver pacíficos a sus casas; pero ellos contestaron que estaban resueltos a vencer o morir.

Las tropas aliadas aunque muy superiores en número y tambien en la calidad de las armas y elementos de guerra, no hallaban un lugar por donde atacar con buen éxito aquella fuerte posición tan bien defendida por la naturaleza; mas como observaron que carecian de agua que llevaban del río a las horas avanzadas de la noche, dispuso el virrey que entre el bosque por donde bajaban, se ocultaran muchos indios auxiliares, tambien con sus vacijas de agua, para que mezclándose indistintamente con los defensores del cerro, pudieran penetrar a la fortaleza, lo cual ejecutaron y estando arriba se arrojaron sobre sus mismos hermanos matándolos a puñaladas y casi sin resistencia, pues ademas de no aguardar esta sorpresa, muchos de los guerreros estaban entregados al descanso del sue-

ño. Aquellos bravos, que estaban resueltos a soportar las fatigas de la campaña y sufrir la muerte peleando en defensa de sus libertades, contra el ejército virreinal, no pudieron resistir los efectos de aquella inesperada estratagema, y se entregaron a una bárbara desesperacion, dándose ellos mismos la muerte con sus armas, ó despenándose de las alturas del cerro. Dos mil prisioneros que se hicieron en aquella jornada, fueron halagados por el virrey y puestos en libertad, para que volviéndose a sus casas, ellos mismos atrajeran a la paz a los sublevados.

Seguió el ejército por los pueblos de Acatío, a donde salió a encontrarlo el gobernador Oñate, y despues de informar al virrey de todas las ocurrencias habidas desde la muerte de Alvarado y los pormenores de la actitud que guardaban los indígenas de los fuertes de Nochistlan y el Mixtón, Mendoza manifestó su voluntad para dejarse llevar en todo, de la opinion de Oñate, como práctico y conocedor del terreno, para no esponerse a un fracaso como el infortunado Alvarado. El gobernador se apresuró a explotar esta deferencia del virrey, y pues luego señaló como causa de la sublevación, las libertades que concedian a los indios las reales disposiciones, cuyos efectos debian suspenderse y hacerse esclavos a todos indistintamente.

Puestos de acuerdo los gefes en el modo de llevar adelante aquella obra de destruccion, marcharon las tropas al fuerte de Nochistlan, donde se habia reconcentrado un ejército como de sesenta mil indígenas, al mando del valiente gefe principal de la sublevación, D. Diego Zacatecas, citado algunas veces en la historia con el apodo de *Tenamastle*. Aornados todos los guerreros con sus hermosos penachos de variadas plumas y moviéndose en confusos grupos sobre las pendientes del peñon, parecian grandes parvadas de aves silvestres, cuya agradable vista tomaba mayores proporciones a los vivos reflejos de los

rayos del sol, en los preciosos metales con que los gefes engalanaban sus casi desnudos cuerpos y al brillo de las espadas indígenas, que blandian por los aires, ansiosos de esgrimirlas, contra sus injustos opresores. A la vista del ejército de Mendoza, el del fuerte lanzó su terrible grito de guerra con que era costumbre excitar su valor para el combate: esto dió idea al Virey que no era un enemigo tan débil el que tenia á su frente; y por lo mismo resolvió no obrar con la arrogante imprudencia con que Alvarado se precipitó á ruina. Formó su campamento en el lugar mas conveniente: se distribuyeron las tropas como lo aconsejaban las reglas de la disciplina; y tomadas las providencias que se creyeron oportunas, se mandó un comisionado para intimar rendición á los defensores del fuerte. El comisionado del virey, solicitó hablar con el gefe Zacatecas, que oyó con calma la intimación y demas ofrecimientos que se le hacian, despues de lo cual contestó con intrepidez. "A nombre de los valientes que están bajo mis órdenes, tambien yo os requiero, que os volvais en paz á vuestra tierra: nosotros estamos en las vuestras; y sin haberos dado motivo, habeis venido desde muy lejos á destruirnos." El comisionado insistaba en nombre del virey, amagando al gefe enemigo, con que si no aceptaba, la paz que se les ofrecia, los harian á todos esclavos. "*Debeis estar locos*, contestó Zacatecas manifestando en el fuego que despedian sus ojos, lo que le habia irritado aquel amago, *pues por solo vuestra voluntad habeis venido á provocarnos; cuando estamos resueltos á morir en defensa de nuestras propiedades.*" Tres dias pasaron, repitiendo siempre Mendoza sus intimaciones; pero como los indigenas se mantuvieron siempre firmes en su primera resolución, haciendo cargo á sus contrarios de la sangre que se derramara en una guerra tan injusta como la que les hacian, se dieron las órdenes para el ataque, que duró quince dias, sin que los asaltantes pudieran desalojar á los indios de sus fuertes posiciones

con tanto vigor y arrojando tal cantidad de piedras, que decía el virey, *creo que antes de vencerlos han de mudar el cerro de su lugar á nuestro campo.* Pero todo el heróico esfuerzo de estos desgraciados era estéril, porque sin armas equivalentes á las de sus contrarios y sin táctica para hacer fructifera su resistencia, vieron pasar los dias inútilmente: y sufriendo en cada ataque un gran número de muertos y consumido un pequeño manantial que les proporcionaba agua, algunos gefes empezaron á salir del fuerte entre las tinieblas de la noche, hasta que por último todos determinaron abandonar aquel puesto, para ir á engrosar el número de los que defendian el Mixtón. El número de muertos en este ataque, lo hacen subir los manuscritos que consultó el P. Frejes á seis mil; y quedando solo mil prisioneros que tambien fueron puestos en libertad, el resto de las tropas indigenas se desbandó, yendo muchos al cerro del Mixtón para hacer con sus hermanos, el último esfuerzo en defensa de sus derechos.

Mendoza movió su campo al lugar donde los indios tenian su último atrincheramiento: allí pelearon con el valor que da la desesperación, muriendo á millares al fuego de los cañones ó al filo de las espadas castellanas; pero esta desastrosa situación, no fué bastante para obligarlos á rendirse. La sangre de cada uno que moria, servia para dar pábulo al furor con que se hacia la defensa, hasta que un gefe de los tevultecos cometiendo una deteccion, aceleró la destruccion de aquellos desgraciados, cuya suerte allí quedó decidida. Seis mil indios habian podido escapar entre las escabrosidades del cerro: y queriendo Mendoza no dejar uno que no sintiera su terrible venganza, ordenó que sus soldados recorrieran el cerro pasando á cuchillo á cuantos encontraran; pero los religiosos franciscanos Fray Antonio Segovia y Fray Miguel Bolonia, que acompañaban al ejército, compadecidos de la suerte de aquellos infelices, lograron con sus ruegos revocar el fatal de-

creto, y ellos se ofrecieron sacar á los indios de paz, con la condición del perdón y que se les dejara vivir en sus pueblos. Admitió el virrey la proposición y al día siguiente bajaron los padres conduciendo á todos los indios, á quienes se determinó vivir en el pueblo de Juchipila, sujetos á la autoridad de los padres que habían sido sus libertadores.

Creyéndose ya pacífica la tierra con tan crecido escaramiento, regresó el virrey para la Capital, recorriendo con su ejército algunos pueblos de la laguna de Chapala y del reino de Michoacan, fundando en esta vez la ciudad de Valladolid que dispuso fuera la Capital de la provincia.

La ciudad de Guadalajara se mudó en esta ocasión del valle de Tlacotan á donde está actualmente, cuya fundación empezó el día cinco de Febrero de 1542. Los padres franciscanos que habían fundado su doctrina en Tetan, se trasladaron á S. José de Analcó, á donde los siguieron todos los indios del pueblo, pues los amaban como á sus padres y libertadores. Los mismos misioneros fundaron con los indios que habían quedado errantes después de estas guerras los pueblos de Santa Anita, San Agustín, Santa María, Toluquilla, y otros. El pueblo de Mexicaltzingo se formó con los mexicanos que fueron con el ejército auxiliar, y se reunieron de nuevo los habitantes de Tonalan, Tlajomulco, Zoquipá y Zapopan. A este último pueblo hizo agregar el padre Segovia muchos indios de Jalostotitlan y fundó una iglesia en que desde entonces se veneró una imagen que actualmente se conserva con el nombre de Nuestra Señora de Zapopan. En todos los pueblos fundaban los misioneros sus iglesias provisionales, que después fueron reformando con la suntuosidad que fué correspondiente á los recursos de cada lugar: á ejemplo del primer pastor de Michoacan, establecían también algunas casas para recoger á los enfermos y desvalidos; y aun se establecieron algunas posadas para los peregrinos, practicando en

la hospitalidad, la caridad, virtud tan característica de la religión de amor del crucificado, como desconocida de todas las sectas, á pesar de su ruidosa palabrería de sentimientos humanitarios y filantrópicos. Todos estos establecimientos que después fueron dotados con los fondos necesarios, al principio casi fueron debidos al esfuerzo de los ministros de la religión y á los trabajos de los mismos indios que siempre se manifestaron dóciles á recibir la religión católica, no obstante que los conquistadores se las brindaban en la punta de sus espadas y en la boca de los cañones, y que á la dulzura y caridad de que eran deudores á los ministros del Dios de la paz se contraponían las injusticias y crueldades de los soldados y encomenderos.

Dos años después de los acontecimientos que acabamos de referir murió en la ciudad de Compostela el capitán D. Pedro Ruiz de Haro, dejando en suma pobreza á su esposa Doña Leonor Arias india natural de Tlaxcala, quien con sus tres hijas se retiró á vivir á una pequeña posesión que le había quedado. A la casa de esta Señora ocurría un indio muy infeliz para que por caridad se le ministrara el alimento diario, y habiendo descubierto una veta de plata muy rica, quiso cederle los derechos de su descubrimiento á la Señora Doña Leonor, en pago de los buenos oficios que para con él había hecho. La señora mandó trabajar aquella veta formando la mina que se llamó del "Espíritu Santo," de la cual sacó grandes riquezas capaces de titular á su hija la mayor como la Marquesa de Miravalles, de quien descienden las familias de este título. Este descubrimiento que llamó tanto la atención hizo que los españoles avocados en la Nueva Galicia se dedicaran con empeño al de otros minerales; y como por los informes del capitán Chirinos ya se tenía noticia de las vetas metálicas de la Sierra de Zacatecas, luego se propuso Oñate su explotación; aunque como él personalmente no podía llevar adelante